

Domingo XXV Tiempo Ordinario

Amós 8, 4-7; Timoteo 2, 1-8; Lucas 16, 1-13

“No podéis servir a Dios y al dinero”

19 Septiembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“EL QUE ES DE FIAR EN LO PEQUEÑO TAMBIÉN EN LO IMPORTANTE ES DE FIAR”

Hace poco escuchaba a una persona una frase simpática: *“No te preocupes tanto por la vida, al fin y al cabo nadie sale vivo de ella”*. La certeza más grande desde que nacemos es la de saber que nos vamos a morir. Nos estamos muriendo cada día que pasa. O mejor dicho, estamos más cerca de la vida verdadera, de la vida junto a Dios. Un día una persona me decía: *“Cada día me siento más liberada de miedos y preocupaciones porque, al fin y al cabo, esto es solo un paseo y María algún día nos despertará cuando nos durmamos para siempre en la tierra y nos dirá: “Bienvenido a casa”*. Así deberíamos pensar siempre, sin embargo, con cierta frecuencia creemos ingenuamente que no, que nosotros no vamos a morir nunca, que son otros los que mueren. Si tuviéramos más presente esta certeza en nuestra vida, seguro que viviríamos con más paz y alegría; seguro que viviríamos más libres y con menos ataduras, con más intensidad. Seríamos administradores de nuestra vida que es un don y no tanto propietarios que defienden sus bienes con temor. Porque, ante la proximidad de la muerte, no tememos ya nada, no nos importa mostrarnos tal como somos y ya no nos obsesiona el éxito ni nos preocupa el futuro. Cuando vemos próximo el final empezamos a valorar el presente, cada momento y las cosas más rutinarias nos parecen fantásticas. El otro día, una persona, que está viviendo una enfermedad difícil, me decía: *“Ahora valoro mucho más cada hora, cada día, no pienso en el mañana, ni en la semana que viene. Pienso en vivir plenamente cada minuto”*. Y, por otra parte, escuchaba hablar un día a un sacerdote de una persona recientemente fallecida tras varios meses de enfermedad: *“Me decía que sólo lamentaba no haber amado más, a su familia, a sus amigos y a Dios y haber perdido el tiempo en cosas menos importantes”*. En su enfermedad se dio cuenta de lo verdaderamente importante en su vida. Comenzó a vivir intensamente cada segundo y se arrepentía de todo el tiempo que había malgastado, **en todos los momentos en los que no había amado con todo el corazón.**

La vida que nos toca pasar aquí en la tierra es corta, aunque creamos que podemos llegar a los cien años; son pocos los años con los que contamos, en comparación con toda la eternidad. Y podemos perder la vida haciendo mil cosas, sin amar de verdad, sin valorar cada momento, sin entregarnos allí donde Dios nos pone, como una pieza de un puzzle, en la posición que Él necesita. Con humildad y un cierto pesar reconocemos que nuestro gran pecado es el pecado de omisión, aunque en ocasiones no lo confesamos. Vivimos sin amar todo lo que podemos, porque nos hacemos a la idea de que tenemos toda la vida por delante para hacerlo. Si pensáramos que no nos queda mucho por vivir, todo sería distinto y no dejaríamos pasar un instante sin hacer lo que realmente sentimos que es importante. La realidad es que vivimos muy preocupados por el presente, sin confiar en ese Dios que camina a nuestro lado, sin valorar el don que Dios nos hace al prometernos vivir con Él por toda la eternidad. Parece mentira que el presente, con sus miedos e interrogantes, nos quite tanto la paz. Nos inquieta tanto **el futuro con su incertidumbre que perdemos incluso el sueño tratando de arreglar nuestros planes**

para que todo resulte perfecto, tal como nosotros queremos.

Esta semana hemos celebrado una doble fiesta marcada por la cruz: La fiesta de la Exaltación de la Cruz y la fiesta de Nuestra Señora de los dolores. En ambas celebraciones hemos puesto la cruz en lo alto como signo de salvación y de esperanza. María, al pie de la cruz, besa a su Hijo. Cristo alzado en la cruz nos muestra el camino de la vida. María recibe el cáliz con la sangre de su Hijo y acoge a Juan como su nuevo hijo. El dolor, como una espada, atraviesa su corazón de Madre. Y María pronuncia siempre de nuevo la palabra que cambia la historia: *“Hágase en mí según tu palabra”*. ¡Qué dolorosa es la cruz y cuánta fe es necesaria para caminar con ella! María supo abrazar su camino y, al hacerlo, nos abraza a nosotros en nuestra cruz. María hizo de los planes de Dios sus propios planes y vivió entonces con el corazón libre y lleno de la paz de Dios. Decía el P. **Kentenich**, a quien hemos recordado en el día en su aniversario de muerte: *“Estuvo de pie, siempre se mantuvo fiel a su entrega. Permaneció al pie de la cruz aunque su corazón fue atravesado por una espada. (...) Se desvanece en Ella todo interés propio. Sólo una idea la domina: el Redentor del mundo y su Obra”*¹. María se mantiene fiel en la cruz y abraza nuestro dolor, nuestros siete dolores, esa espada que tantas veces nos atraviesa el corazón. Ella no nos quita nuestros dolores, pero nos enseña a vivir con ellos, a caminar con la cruz que tantas veces nos pesa. Esa misma espada atraviesa de nuevo su corazón de Madre cada vez que sufrimos, cada vez que el dolor nos hierde duramente. En esos momentos María sufre con nosotros, nos alivia y acompaña. Ella, nuestra Señora de los Dolores, es dueña de nuestro dolor y le da un sentido. Y nos dice: *“Héroe es aquel que consagra su vida a algo grande”*². Nosotros queremos consagrar nuestra vida al Señor, vivir por Él, darle todo por los grandes ideales que nos mueven. El sentido de la cruz está escrito en el corazón de Dios y muchas veces no entenderemos nada en el camino. María abraza nuestro dolor y se lo entrega a Cristo crucificado. **María nos sostiene y levanta nuestro corazón herido. Ella no se desentiende de nosotros. Se compromete con nuestra vida y nos enseña a luchar.**

EN LAS LECTURAS DE HOY ESCUCHAMOS UNA FRASE QUE NOS COLOCA EN LA PERSPECTIVA CORRECTA ANTE LA VIDA: “NO PODÉIS SERVIR A DIOS Y AL DINERO”. Es cierto, no podemos servir a Dios y al mismo tiempo tener nuestro corazón apegado a los bienes de la tierra. Los bienes nos esclavizan y nosotros dejamos que ellos vengzan en nuestro corazón. Cuando esto ocurre no somos capaces de amar de verdad. Y la vida consiste en amar con toda el alma. No podemos entregarle a Dios, al final de nuestra vida, un corazón inmaculado, sin arrugas y sin heridas. Dios quiere un corazón llagado, herido y roto; un corazón que se haya desgastado cada día, que se haya entregado dejándose el alma a jirones en las personas; un corazón que no haya temido entregarse por entero, que no haya dudado, que haya estado dispuesto a sufrir amando y a morir dando la vida. Es cierto que, ante una enfermedad, nos resulta más fácil confrontarnos con la fragilidad de nuestra vida. De todas formas tendríamos que aprender a vivir de la misma manera en la salud como en la enfermedad. No sabemos ni el día ni la hora en que el Señor vendrá a nuestro encuentro. Esta semana recordábamos cómo el P. Kentenich murió un 15 de septiembre después de celebrar muy temprano la eucaristía. Ese momento no estaba previsto en su agenda personal; no había planeado el momento de su muerte; María se lo llevó en su fiesta, vino a buscarlo cuando Dios lo quiso. Él estaba preparado para ese momento, porque había vivido con la conciencia de ser un simple administrador de la vida dada por Dios. Cuando de verdad sabemos vivir, estamos más dispuestos a dar ese paso último. Nuestra vida no está asegurada. Está en manos del único Señor al que hemos de pertenecer. Porque no podemos servir a dos señores. No podemos atarnos a la

¹ J. Kentenich, “II Acta de Fundación”, 18 Octubre 1939

² *Ibidem*

tierra y luego pretender servir a Dios. Si así lo hiciéramos, acabaríamos dejando de lado a uno de los dos señores. El señor del dinero y de la tierra tiene una voz profunda y fuerte, cautivadora y atrayente. Las palabras de Dios, por su parte, **son susurros, silencios y caricias que muchas veces malinterpretamos. Nos hace falta entender la voz de Dios para poder seguir sus pasos.**

En este tiempo de crisis que nos toca vivir podemos caer en la tentación de vivir sólo para nosotros, sin escuchar a Dios, olvidándonos de la misericordia y la generosidad: *“Escuchad esto, los que exprimís al pobre, despojáis a los miserables, diciendo: «¿Cuándo pasará la luna nueva, para vender el trigo, y el sábado, para ofrecer el grano?» Disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias, vendiendo hasta el salvado del trigo. Jura el Señor por la gloria de Jacob que no olvidará jamás vuestras acciones”. Amós 8, 4-7.* Amós denuncia la injusticia y nuestro pecado que desprecia al que sufre. Somos invitados a ejercer la misericordia con el necesitado, incluso con el dinero que sólo administramos: *“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Un hombre rico tenía un administrador, y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es eso que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido.” El administrador se puso a echar sus cálculos: “¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa.” Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?” Éste respondió: “Cien barriles de aceite.” Él le dijo: “Aquí está tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”. Luego dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?” Él contestó: “Cien fanegas de trigo.” Le dijo: “Aquí está tu recibo, escribe ochenta.” Siempre nos sorprende esta parábola de Jesús. Parece que hace bien ese administrador que engaña a su jefe. Sin embargo, lo que Jesús rescata es que este hombre astuto ejerce la misericordia. Como dice S. Beda: “Este pasaje da a entender que al que alivia la miseria del pobre en la mitad o en la quinta parte, se le recompensará por su misericordia”. La necesidad es la fuerza que mueve al administrador infiel a ser misericordioso. Sabe que la misericordia con el necesitado es el camino para ganarse una vida buena cuando lo despidan. Piensa en sí mismo y es misericordioso. Nos sorprende el Evangelio porque presenta como modelo a alguien que actúa por egoísmo. Nos sorprende, porque nosotros creemos en la generosidad sin límites y en el amor incondicional, que no busca su propio interés al hacer el bien. **¿Qué nos quiere mostrar el Señor en este pasaje de su vida?***

Cuando uno escucha esta parábola puede llegar a pensar que Jesús anticipa el pensamiento de Nicolás Maquiavelo, escritor y filósofo del siglo XVI. Él nos enseñó, además de otras normas de comportamiento, una muy aceptada entre comerciantes y políticos: *“El fin justifica los medios”*. Sin embargo, no es éste el pensamiento que nos quiere dejar el Señor en este Evangelio. Dice Jesús: *“Y el amo felicitó al administrador injusto, por la astucia con que había procedido. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz”*. Y, al respecto, comenta S. Agustín: *“El Señor alabó al mayordomo a quien despedía de su administración porque había mirado el porvenir”*. Jesús alaba en sus palabras la astucia. Y nos muestra el camino para vivir mirando hacia delante, buscando el bien al que Dios nos llama. Así lo aclara S. Teofilacto: *“Llama hijos de este siglo a los que piensan en adquirir las comodidades de la tierra e hijos de la luz a los que obran espiritualmente mirando sólo el amor divino”*. Está claro que para mirar nuestro presente, nuestras preocupaciones del mundo, invertimos nuestra sabiduría. Por eso alabó su prudencia al actuar, aunque su acción nos pueda parecer pecaminosa. No obstante, no quiere decir que el fin justifique los medios, no es ése el mensaje que nos llevamos. **Si tanto invertimos en fines caducos, en una felicidad que pasa, más tenemos que hacer para gozar de la vida eterna en plenitud.**

Por eso, continúa el Señor diciendo: “Y yo os digo: Ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas. El que no es honrado en lo menudo tampoco en lo importante es honrado. Si no fuisteis de fiar en el injusto dinero, ¿quién os confiará lo que vale de veras? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, ¿lo vuestro, quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos amos, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo.» Lucas 16, 1-13. El Señor necesita que seamos astutos en nuestro actuar. Habla Jesús de “dinero injusto” o “riquezas de la iniquidad”. **S. Agustín** lo aclara: “Son todas las de este mundo, procedan de donde procedan. Se llaman así porque no son verdaderas, estando llenas de pobreza y siempre expuestas a perderse, pues si fuesen verdaderas te ofrecerían seguridad”. Tenemos que pensar que nuestros bienes han de ser el camino para ejercer la misericordia y ganarnos así amigos en el cielo. Es el espíritu de estas palabras. Jesús quiere que miremos sólo el sentido último de nuestra vida. **El Santo Cura de Ars comenta:** “Cuando no tenéis el amor de Dios en vosotros, sois muy pobres. Sois como un árbol sin flores y sin frutos”. Nuestra riqueza es Dios y **nuestros bienes sólo un medio para llegar a lo más alto, para amar más, para enriquecernos con la pobreza de Cristo.**

El Evangelio de hoy nos sorprende. Aquel que administra mal, y luego se aprovecha de su situación, es alabado. En relación con ello comenta **Charles Péguy:** “La “gente bien” es impermeable a la gracia. De ahí que la gracia obre en los peores criminales y levante a los miserables pecadores. Lo consigue porque empezó penetrándolos, pudo penetrarlos”. Se refiere con sus palabras a los que creen que no tienen mancha ni pecado, a aquellos nuevos fariseos sin heridas, que se hacen impermeables con su actitud, a la fuerza de la gracia en sus vidas. Mientras tanto, la gracia penetra con fuerza el corazón y las entrañas de los pecadores que muestran su herida abierta ante Dios. Esta fuerza de Dios en nosotros es la que nos salva: “Alabad al Señor, que alza al pobre. Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor. Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre. El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos. ¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que se eleva en su trono y se abaja para mirar al cielo y a la tierra? Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo”. Sal 112, 1-2. 4-6. 7-8. El administrador, en su pecado, es alabado por su astucia que lo hace misericordioso, instrumento de salvación para otros. En nuestro pecado somos cauce de la gracia si dejamos que la vida de Dios penetre en nosotros. Somos el canal por el que la gracia llega a muchos corazones. Tal vez nadie conozca nuestro pecado, pero es la debilidad la que nos hace capaces de comunicar el bien de Dios. En una escena de la película “Karol”, que narra la vida de **Juan Pablo II**, siendo todavía cardenal en Polonia, un joven que lo había estado espiando en el confesionario, se arrepiente y le dice: “Yo no quería, pero tus palabras entraron en mi alma como el agua en la roca y me fueron cambiando”. Así es como actúa Dios en nuestro corazón de piedra. **Como el agua penetra a través de nuestras heridas, de nuestras propias grietas y transforma nuestro interior.**

Los bienes de esta tierra son pasajeros, como el éxito y la suerte, como los días y la vida misma. Comenta S. Juan Crisóstomo, a quien hemos celebrado esta semana: “El que ahora es rico en breve será mendigo. Así que, seas quien fueres, eres sólo dispensador de bienes ajenos y se te ha dado en ellos el uso transitorio y derecho muy breve. Lejos de nosotros el orgullo de la dominación y abracemos la modestia y humildad del arrendatario”. Invertimos tiempo en el éxito caduco, en la vida que pasa y en los bienes que nunca nos llevaremos con nosotros al cielo. Igual que ese administrador injusto que usaba mal los bienes de su señor, hasta que sabe que va a ser despedido y cambia. Entonces acaba ejerciendo la misericordia con los bienes que sólo administraba. No los retiene para sí, porque no puede llevarse nada. Igual que nosotros en nuestra vida. Nada nos llevamos cuando el Señor nos llama. Sólo el amor que hemos dado deja amigos en la tierra, amigos que nos abrirán las puertas del cielo. Pero muchas veces empleamos todos nuestros talentos para lograr aquello que con el tiempo se olvida. No vivimos pensando en la eternidad, en la

vida plena que se nos ha prometido y que estamos llamados a vivir. Deberíamos, como dice el **P. Kentenich**, ser hombres de fe, hombres sabios: *Un católico auténtico es un católico que vive de la fe. Hablando en concreto, es una persona que contempla todas las cosas de la vida con los ojos de Dios y las asume con el corazón de Dios. He aquí el mejor medio para ser feliz en este mundo y en la eternidad*³. **Necesitamos vivir así, con la mirada de Dios.**

EL QUE ES FIEL EN LO POCO SERÁ DE FIAR EN LO IMPORTANTE. Jesús nos lo dice: *“El que es de fiar en lo menudo también en lo importante es de fiar”*. Nuestra vida es esa pequeña responsabilidad que Dios pone en nuestras manos. Hay momentos en que nos parece un gran desafío sacar adelante nuestra vida. Ante la vida que nos es prometida somos sólo administradores de una pequeña parcela. Es pequeña, aunque nos supera en muchos momentos. Las palabras de la segunda lectura nos muestran que estamos llamados a rezar para poder ser buenos administradores: *“Te ruego, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que ocupan cargos, para que podamos llevar una vida tranquila y apacible, con toda piedad y decoro. Eso es bueno y grato ante los ojos de nuestro Salvador, Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos: éste es el testimonio en el tiempo apropiado: para él estoy puesto como anunciador y apóstol -digo la verdad, no miento-, maestro de los gentiles en fe y verdad. Quiero que sean los hombres los que recen en cualquier lugar, alzando las manos limpias de ira y divisiones”*. Timoteo 2, 1-8. Los bienes que tenemos, los talentos que Dios nos ha dado, **las responsabilidades que pone en nuestras manos, son una misión que se nos confía.**

Pero muchas veces descuidamos las pequeñas cosas sin darle importancia. Nuestras grandes infidelidades están precedidas por una cadena de pequeñas infidelidades. Nuestras primeras caídas suelen ocurrir en las cosas cotidianas y pequeñas de cada día. Nos cuesta saber lo que Dios quiere de nosotros y, sin darnos cuenta, dejamos de hacer lo que a diario nos confía. Pensando en grandes empresas y proyectos, desatendemos nuestras tareas diarias. Soñando con grandes momentos de intimidad con Dios, dejamos de rezar a diario, en cualquier momento de silencio que tenemos. Pensando en grandes misiones que queden escritas en el libro de la vida, no vivimos con intensidad el momento cotidiano y rutinario, que nadie recordará en el futuro. Nada se logra sin entrega silenciosa. Ninguna meta se alcanza sin dar antes los primeros pasos que nos parecen anecdóticos. El primer paso siempre es el difícil, pero los otros cientos de pasos que parecen irrelevantes, son fundamentales. Ser fiel en las cosas insignificantes es una verdadera escuela para la vida y nuestra tarea más difícil. Los grandes partidos sólo se ganan cuando el corazón se ha entrenado en el esfuerzo diario. Así ha de ser en nuestra vida personal. Cuando somos de fiar en la entrega que nos puede parecer insignificante muchas veces, tendremos el valor y la fuerza de decirle que sí a Dios cuando nos lo pida todo. Sólo estaremos preparados para dar la vida en el momento decisivo, si antes nos hemos vaciado y lo hemos dado todo en los días que parecen intrascendentes; para llegar a vivir el verdadero martirio del amor, es necesario que seamos fieles en la entrega pequeña, pero difícil, de cada hora. Pero, lo sabemos, ¡qué difícil nos resulta ser fieles siempre! La fidelidad es un don que tenemos que pedir cada mañana. Es un misterio que brilla en los corazones que han sido fieles en la cruz y en la dificultad, sin preguntarse con amargura dónde podían haber sido más felices. Muchos dejan hoy el camino marcado pensando que serán más felices en otros lugares. Dejan de ser fieles en lo pequeño y los pilares que sostienen su vida comienzan a tambalearse. **El amor se enfría cuando no se cuida. La fidelidad se construye cada hora con nuestra entrega silenciosa. Por eso hoy nos preguntamos: ¿Somos de fiar en esa entrega pequeña de cada día?**

³ J. Kentenich, Lunes por la tarde, T. 21, 178